

"Caras y Caretas" Buenos Aires 9-95  
10 agosto 1925 10.XI-1926



OC.  
Toum X

**H**E pasado unos días en Bruselas, respirando aquel Brabante donde flotan tantos recuerdos de la dominación española. ¿Flotan en su aire? Aun más y es que muchos de esos recuerdos echaron raíces allí y se han sote-



COMPARSAS  
POPULARES  
en  
BRUSELAS

Hay rincones de Bruselas que recuerdan a Madrid cuanto pueden recordar los de una ciudad casi al nivel del mar en tierra mollar y casi empapada en lluvia incessante y una villa que seiscientos metros sobre la línea del océano se asienta en un páramo. Páramo hoy, pero que antaño fué bosque. La calle alta, la *rue haute* de Bruselas, con sus callejones, recuerda a trechos la calle de Toledo madrileña. Y luego la alegría. Uno de los días que pasé en Bruselas habla una verbena de barrio, como en Madrid.

Aunque en punto a alegría... Se dice que de esta Europa central por la que pasó, asolador, el huracán de la gran guerra, que de esta devastada Europa ha desaparecido la alegría franca, ingenua y sana y que no hay que tomar por alegría esta sed de placeres que, como en desquite, trata de resarcirse de las penalidades de la campaña. Pero ahí, en Bruselas, hay alegría.

El domingo, diez de este mes de agosto, lo pasé en la capital de Bélgica y nada me sorprendió más que esos mascarados por las calles, que parece son de todos los domingos. El carnaval parece ser allí perpetuo, pero un carnaval ingenuo, sencillo y sin careta, una *hermesse*. Sobre todo sin careta. No necesitan taparse la cara para divertirse. Por lo que he hecho mal en llamarles mascarados.

Por medio de la calle, precedidas de una charanga y una bandera, desfilaban filas de buenos ciudadanos y buenas ciudadanas, obreros y obreras, vestidos con trajes, ya no en uso, de campesinos. Algo así como los trajes de charro y charra que ya en mi Salamanca no sirven más que para disfrazarse. Pero lo que en Bruselas tiene que sorprenderle a un español que llega del centro de España, de la grave y solemne Castilla, es ver que entre esos honrados ciudadanos y ciudadanas que así se divierten desfilando en formación, al compás de la charanga, cogidos de los brazos alguna vez y hasta fingiendo algún hombre que es el vino el que le alegra, que entre ellos se cuentan varones y mujeres más que maduros, algunos y algunas que pueden ser abuelos y abuelas. Delante de una de esas regocijadas y regocijantes comparsas populares iban unos chiquillos, no disfrazados sino con su habitual atavío — más bien pobre y desaliñado — y una de ellas bailaba frenéticamente echando las pier-

nas al aire. Una honrada muchachita, cosa que en nuestra Castellano se comprende. Y detrás, venerables matronas grasas y gruesas madres y aun abuelas de familia, algunas a las que se les puede llamar ancianas, llevando el paso con toda la solemne seriedad de la diversión. Porque allí la gente se divierte como los niños seriamente, tomando la diversión en serio.

Esto hace que a un castizo castellano — recuérdese lo que los franceses llaman la *morgue castellane* — le haga todo eso efecto de infantilidad, y que estos hombres y mujeres descendientes de los que pintaron Brueghel y Teniers y Jordans, le parezcan niños grandes. Niños grandes que crían y educan a los niños chicos y los llevan a cuestas. Porque ¿dónde habéis visto en la España central un padre llevando al niño en brazos de paseo y la madre al lado? El castellano no gusta hacer de niño.

Cuéntase que un sacerdote egipcio le dijo a Platón que los griegos serían siempre unos niños. Y como al pueblo egipcio, al pueblo de las momias y los sepulcros gigantescos — las pirámides son sepulcros — como al pueblo que vivió rindiendo culto a la muerte — o a la inmortalidad, que es lo mismo — al pueblo genuinamente ibérico, al que se agrupa en torno del Duero y del Tajo, estos otros pueblos le parecen infantiles. «Con qué poco se divierten!...» — me decía una vez, hablando de ellos, un castellano. Y me lo decía con tristeza y creo que con envidia.

«Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir...», cantó el espíritu de los Campos Góticos, de la grave y austera llanada *portentosa*. Pero a lo menos que vayan esos ríos cantando y brincando.

No hay, sin embargo, nada más triste que los canales flamencos. No llegué a Brujas, pero sí a Gante y contemplé la honda melancolía de sus canales casi estancados a la vez que respiraba su hedionda exhalación. Pero ahí, a su vera, sobre el césped, jugaban y reían y saltaban y se revolcaban en la verdura unos chiquillos.

Cuando con mis ojos asombrados, con mis ojos que aun llevaban en su cauce la visión austera de Fuerteventura, contemplé aquellas comparsas populares de las calles de Bruselas, y vi la niñez imperecedera y aquellos niños y niñas grandes, tan niños como sus nietos, que tan seriamente se divertían, pensé que un pueblo así puede soportar toda clase de pruebas.

Luego, al pasar por la estación de Ruysbroeck, la patria del místico, camino de vuelta a París, pensaba qué cosas más diferentes quiere decir misticismo en Castilla y en Flandes.

/paleontona/

MIGUEL DE UNAMUNO

10 agosto 1926



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S.